

MELQUÍADES PRIETO

LA GUERRA DE PAPEL

Origen iconográfico de la Leyenda Negra



MADRID, 2020

ÍNDICE

LEYENDA NEGRA, ¿DE RABIOSA ACTUALIDAD?	13
0.1.-La reputación y la difamación.....	15
0.2.-La guerra de papel	17
0.3.-La cosificación de los tópicos.....	19
0.4.-Una muestra significativa.....	21
0.5.-Recopilación de imágenes.....	24
0.6.-Cronología.....	27
0.7.-Personajes	43
1.-ARAGÓN. MEDITERRÁNEO. ITALIA.....	67
1.1.-Alfonso V el Magnánimo. Los catalanes	68
1.2.-Fernando el Católico	73
1.3.-Los papas valencianos «catalanes y marranos».....	74
1.4.-El «capitano»	76
2.- RENACIMIENTO Y GUERRAS DE RELIGIÓN	85
2.1.-La imprenta	86
2.1.1. Martín Nucio y Cristóbal Plantino.....	89
2.2.-Las reformas religiosas	92
2.3.-La Iglesia católica	97
3.-CARLOS V.....	141
3.1.-Flandes, el cenagal (1516-1648)	147
3.2.-Iconoclasia. Saqueo de la imágenes de santos y martirio de religiosos.....	177
3.3.-La Inquisición	223
3.4.-América. Bartolomé de las Casas.....	247

Índice

4.-FELIPE II, REY DEL «MUNDO».....	291
4.1.-Tiranía española.	311
4.2.-El Duque de Alba, de hombre del Renacimiento a ogro zampaniños	329
4.3.-La furia española	365
4.4.-Los condes de Egmont y Horne.....	391
4.5.-Guillermo el Taciturno	399
4.6.-Antonio Pérez.....	425
4.7.-Inglaterra y Francia.....	433
5.-FELIPE III Y FELIPE IV	453
5.1.-Pax Hispanica.....	457
5.2.-Guerra de los Treinta Años	467
6.- FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	473

LA LEYENDA NEGRA, ¿DE RABIOSA ACTUALIDAD?

PARECERÍA que a la altura de los años noventa del siglo pasado se había producido cierta unanimidad entre los tratadistas al considerar que la Leyenda Negra empezaba a ser un asunto del pasado y que, tanto en el extranjero como en España, era más bien materia de historiadores, sin más.

Veinte años después podemos afirmar que, si bien en el extranjero parece que continúa el mismo rumbo, en España se ha convertido en asunto de interés general: prensa, televisión y radio —con todos sus tertulianos—, estudios especializados, tesis y, lo más divertido, como *tema* de barra de bar. El bueno de Julián Juderías se llevaría un buen susto si pudiera comprobar su popularidad.

De la actualidad del tema no cabe más que repasar la ingente bibliografía que se ha publicado en los últimos diez años en coincidencia con la gran crisis económica sufrida en España y el desarrollo del llamado *procés* de independencia de Cataluña. Por si faltaba una mínima excusa para una renovada repercusión popular, la filóloga Roca Barea ha logrado con su *Imperiofobia y Leyenda Negra* que se hable del asunto hasta llegar a la descalificación personal.

En el principio de este siglo XXI la sociedad española conoció cierto optimismo colectivo, amparado en el reconocimiento que el país y las empresas

nacionales tenían en el extranjero a la vez que el fenómeno terrorista de ETA se debilitaba. Esta situación idílica —con la brutalidad de lo que se teme pero que no se previene— se truncó con la crisis económica de 2008.

Años antes se había iniciado la acelerada carrera de renovación de los estatutos de autonomía. En muchos casos se planteó la cuestión de la identidad, de la nacionalidad, de ser o no ser nación que, a su vez, implicaba tratar de lo mismo pero respecto de España.

Tratar de la nación española es de los asuntos que más disensiones produce. De inmediato aparecen las posiciones irreductibles y se hace realmente difícil mantener la serenidad.

Rara es la charla que roce el asunto *nacional* que no acarree una enconada revisión de la historia de España y que no salga a relucir la expresión «leyenda negra». Hoy es también asunto que divide a los opinadores.

Ya no se trata de analizar en qué basaron ciertos analistas sus estudios sobre el nacimiento de las opiniones negativas que pudieran haber tenido o tienen en algún país sobre España. Hoy de lo que se quiere discutir es de la misma historia de España. De cuántas verdades o mentiras se han consagrado como tales según sea la perspectiva *geonacionalista*

desde la que se enfoque. Así que ya no es tanto discutir del dilema Américo Castro o Sánchez Albornoz. Ahora ya se trata de saber si existe España o si nos entendemos como españoles. Si no fuera triste (o de mucha risa, quizá), tenemos tantas Españas como libros de texto se editan para la ESO y Bachillerato. Escogemos los libros de texto como imagen evocadora de aquella del irónico Ganivet: cada espeñol sueña con llevar en el bolsillo de su chaqueta un ejemplar personalizado de la Constitución.

Así las cosas, con cualquiera de las historias de España a la que nos acojamos —me vale también las de cada canal de televisión, radio, periódico, etc.— acabaremos en algún momento tropezando con la «Leyenda Negra». ¿Por qué? Porque no podemos quitarnos las anteojeras del presente cuando miramos el pasado. La proyección de nuestros prejuicios harán que el pasado sea glorioso o penoso, rico o pobre, según enfoquemos el discurrir de cualquiera de las historias de España que manejemos.

En los últimos años esta situación, avivada por la crisis catalana, ha exacerbado la cuestión de la españolidad y, por tanto, se ha vuelto de rabiosa actualidad en leyendas, mitos, constructos o relatos. Media España anda buscando razones para convencer a la otra de que su nación es la de verdad o

que, en su caso, hay tantas naciones como cada uno necesite que existan.

¿Y qué hacer con la leyenda negra que nos dice que antepasados nuestros, ya fueran llamados castellanos, vizcaínos o catalanes, etc., tuvieron un comportamiento cuanto menos criticable? ¿Acaso reconocer que así fue nos predetermina? ¿Tenemos que aprender a defendernos de acusaciones de gentes envidiosas? ¿Nuestros paisanos, convencidos de que efectivamente está muy justificada la leyenda negra, no son buenos españoles? ¿No lo sabemos todo ya sobre la Leyenda Negra?

Grandes especialistas, historiadores académicos o divulgadores culturales, españoles y extranjeros, desde Domínguez Ortiz o Julián Marías, pasando por Fernández Álvarez o García Cárcel, y foráneos como Arnoldsson, Maltby, J. Pérez, Kamen, Parker o Schepper han sentado las bases de lo que se podría considerar la urdimbre en la que se van entrelazando estudios de todo tipo sobre la materia. No es asunto de este ensayo discutir del carácter y rasgos históricos de la Leyenda Negra; más bien trataremos de ensanchar y profundizar uno de los aspectos en que se incide con mucha frecuencia sin que haya, de momento, un estudio sistemático: el uso de la imagen impresa para fomentar o exagerar los estereotipos que se han vertido *contra* España y

los españoles. El hecho de que en el origen de la divulgación de los tópicos sobre nuestra país se pueda ver con facilidad el gran peso que tuvo el uso de la imprenta ha puesto la *guerra de papel* en el centro mismo del tema *negrolegendario*. Tratamos pues de dar cabida y exposición a ese magma de libros, panfletos, hojas volantes, folletos, caricaturas, etc., que, con su enorme difusión, tanto peso tuvieron en la consolidación de un fenómeno que acabó conociéndose como «Leyenda Negra». Del origen de la expresión y su fortuna Luis Español ha escrito mucho y bien en sus estudios sobre Julián Juderías; a ellos nos remitimos.

0.1.-LA REPUTACIÓN Y LA DIFAMACIÓN

«La realidad de la imagen ha prevalecido sobre la imagen de la realidad» ha escrito recientemente Varela Ortega (*España. Un relato...*, p. 319) al tratar de establecer si los hechos que realmente hayan podido formar una opinión sucedieron como se cuentan, en todo o en parte, o si realmente es lo que menos importa en la construcción de una leyenda. «En realidad, una leyenda no es una teoría, que admite contrastación, sino una alternativa cultural, cuyo objetivo no pretende discriminar enunciados

verdaderos de los falsos, sino una opción social que busca reunir poblaciones diferentes en torno de determinadas formas de vida y en contra de otras» (*España. Un relato...*, pp. 314-5).

Si por reputación se entiende la «opinión o consideración en que se tiene a alguien o algo» o el «prestigio o estima en que son tenidos alguien o algo» [DRAE] sabremos ya que de lo que se trata es de opiniones y de prestigios, ese intangible que se forma y se adquiere no tan solo a partir de unos hechos contrastados sino por el efecto que sobre tales haya proyectado una *mirada* más o menos interesada en algún sentido. Es pues de total importancia establecer qué se observa, quién examina y cómo, cuándo y para qué lo hace.

Vamos a movernos en el estudio y análisis de una *representación ideal*, redundancia que se difunde en papel en una estampación ya popular en el siglo XVI gracias al ingenio de Gutenberg. Se trata de desnudar lo más posible todo el proceso de generación de una imagen que queda fosilizada en un tiempo. Y que a partir de ese momento se extiende como única verdad sobre el asunto tratado y se infla en la medida que conviene al actor de dicha distorsión.

El reverso de la reputación es llegar a tenerla *mala* hasta convertirse en difamación, en un «desacreditar a alguien, de palabra o por escrito, publi-

cando algo contra su buena opinión y fama» o «Poner algo en bajo concepto y estima». Este proceso no se produce en un momento, en un solo intento.

De esto trata este libro. De la construcción de opiniones difamatorias que se fabrican, sustentan, apoyan y difunden a través de un novedoso sistema de comunicación: la imprenta.

Como será fácil comprobar en la páginas siguientes, la difamación de lo *hispano* nace en tiempos anteriores a la invención de Gutemberg. Paulatinamente, entre las capas sociales más cultas, con más intereses cercanos al poder, a la opinión pública, va ganando peso cierta admiración hacia las gentes *extranjeras* que ostentan el dominio político, legislan y sacan beneficios de toda índole. Estamos en los tiempos de transición hacia el Humanismo y el Renacimiento. Los escritos circulan todavía en copias de amanuenses pero el aumento de público exige más reproducciones del original. Se organiza el mercado de pasantes y escribanos, de familia acaudalada o de manutención municipal.

El rasgo que caracteriza a la opinión publicada antes de Gutemberg es su todavía limitado auditorio pero que, por contra, es muy de nicho, muy directo a sus consumidores potenciales. Son tiempos en que el público cautivo, el único que hay, es el que lee o puede permitirse el lujo de que le lean.

También en este tiempo, primera mitad del siglo XV, el mercado del arte de la iluminación de pergaminos, vitelas o papeles ha alcanzado ya su desarrollo mercantil. Ya no es solo trabajo para y desde monasterios. Los libros de horas, los textos literarios con sus letras capitulares floridamente adornadas, los pliegos de cordel con xilografías añadidas con tacos de madera entintada en tonos de almagre, etc., van preparando a una concurrencia para los que ha de llegar la revolución de las letre-rías a finales de siglo.

Paso a paso la técnica avanza hasta lograr la copia generalizada. Se asemeja en mucho con lo que estaba pasando con las armas de fuego portátiles. La posibilidad de fabricación en serie, ya fuera de modo muy arcaico, hizo cambiar las tácticas y estrategias militares. Ambas herramientas van a confluir en el siglo XVI y ambas van a tener una gran capacidad de destrucción. Ni una ni otra, aisladamente, se van a imponer. La conjunción acabará en éxito.

La expansión de los talleres de imprenta por toda Europa conseguirá la suficiente difusión de las publicaciones. La fabricación de tipos móviles, prensas y papel de trapos de lino y algodón, multiplicará de modo exponencial el número de ejemplares de cada tirada.